

Firmas

DESDE MI ONDA

JOSE M.^º ALFAGEME
Redactor Jefe de la COPE

Te he visto... y aún me acuerdo

HACE unos días me di una vuelta por mi viejo y querido barrio madrileño de Maravillas. Quería comprobar si aún rezumaba ese ambiente entrañable que tuve que dejar, como tantos otros, al decir adios a la soltería. Eran las ocho de la tarde de un viernes. Los últimos rayos de sol se paseaban a lo largo de la calle del Espíritu Santo iluminando a un sinfín de gentes, que con bolsas en las manos, se iban sentando allí donde había un hueco en la plaza del Rastrillo, hoy rotulada como de Juan Pujol. Me quedé apoyado junto al muro que da a la calle del Marqués de Santa Ana. Miraba y no veía. ¿Dónde estaba el puesto del cerrajero, que a los pocos minutos te sacaba la copia de la gruesa llave del portal?...¿y las gallegas, vendiendo pipas y caramelos frente al cine Dos de Mayo?...¿y la alegría de Chelo con sus rifas de aceite y embutidos, que siempre le tocaban a la vecina más necesitada?. No quedaba nada; sólo el aliento a vino, algarabía, botellas por el suelo y algún que otro joven orinando, sin escrúpulos, entre dos coches mal aparcados. Ante mi estupor, dos jovencitas se me acercan y me preguntan: -¡Oye!, ¿tú no serás un espía de los vecinos protestones? -.¿Yo? -¡no, qué va!, estoy de visita.- Pues,



¡tómame este «calimocho» y únete a la fiesta!. -¡Gracias!, -les dije-, prefiero la cerveza y las anchoas de Casa Camacho.

No, mi viejo y querido barrio de Maravillas, no rezumaba nada de aquel ambiente que yo había dejado años atrás. Mientras los árboles y algún que otro ornamento daban muestras de recuperación e interés por la municipalidad, una tribu de jóvenes quinceañeros, no catalogados todavía, por ningún manual de estudios sociales, se adueña de las plazas del Dos de Mayo, San Ildefonso y Chueca, lo mismo que las hormigas ante un puñado de semillas.

¿Qué está pasando?. ¿Cuál es la distracción de estos chicos, que hasta altas horas de la madrugada se limitan a hablar, montar escándalos y beber sin parar los famosos «calimochos», -Coca-Cola con vino?. El Ayuntamiento de Madrid tiene que dar una respuesta: a los vecinos y a los jóvenes. No basta con mandar al día siguiente

al servicio de limpiezas para que durante la mañana recoja las toneladas de basura que volverán a aparecer esa misma noche.

Ya en 1862, el barón Davillier y Gustavo Doré dejaron plasmado en su libro «Viaje por España», la frase que aludía a Madrid cuando la visitaron: «No se trata de limpiar más, sino de ensuciar menos». Y trescientos años antes, cuando la Corte fué trasladada a Madrid, los regidores no tuvieron más remedio que poner en práctica las primeras Ordenanzas de la Villa, para evitar que se arrojasen a las calles y plazas los estiércoles, inmundicias y aguas corrompidas. Y, ahora, al filo del siglo XXI, y cuando el alcalde sueña con una Olimpiada para la ciudad, seguimos como en tiempos de Felipe II, orinando y defecando en la calle.

Me marché de mi barrio, de mi barrio de Maravillas, sorteando los regueros de orines por la calle del Tesoro, mientras me acordaba de los billares de la calle de Valverde. Allí, a pesar del acoso de los Padres Escolapios, jugabamos al fútbolín, echabamos nuestro primer pitillo, y además, al fondo a la izquierda, teníamos los servicios para hacer pis.

A pesar del disgusto volveré a mi barrio; siempre me quedará el consuelo del recuerdo que nadie me podrá quitar. Ni siquiera un «calimocho». ■